

Los duelos de la memoria y las memorias de la rebeldía

Claudia Korol. 24 marzo 2006

¿Dónde vive la memoria? ¿Quién la muere? ¿Por qué nos duele? ¿Hasta cuándo el duelo? ¿Qué recuerda la memoria? ¿Cuánto olvida? ¿Quién la enciende? ¿Quién la apaga?

¿Cuánta memoria marcha un 24 de marzo? ¿Cuánta memoria se va de ferias?
¿Cuánta se levanta un monumento? ¿Cuánta memoria se vuelve mercancía?
¿Cuánta se disuelve en los despachos del poder?

30 años transcurrieron desde el golpe de estado que estableció en Argentina la dictadura militar más feroz de nuestra historia, y una de las más salvajes de nuestro continente. El terrorismo de Estado, con su dimensión militar y civil, con su trama de dominación y de complicidades, fue el modelo elegido por el capitalismo para remodelar su hegemonía. Si éste se estableció en nuestras tierras sobre la base del genocidio de la población originaria y de los pueblos afrodescendientes traídos como esclavos; si después fue necesaria una nueva “Conquista del Desierto”, para sentar las bases de la “modernización” realizada por la generación del 80; los artífices de esta última dictadura, herederos muchos de ellos de aquella oligarquía “fundadora de la Nación”, volvieron a recurrir al genocidio, para aplacar toda resistencia.

Llamaron “Proceso de Reorganización Nacional”, a lo que fue un nuevo momento de recolonización cultural, sostenido en una contrarrevolución preventiva, cuyos datos sobresalientes volvieron a ser el exterminio, la impunidad, el racismo, el crimen organizado.

El golpe de estado en Argentina, fue parte de la política imperialista para América Latina, que tuvo como instrumento contrainsurgente el “Plan Cóndor”. Se trataba de detener el proceso de ascenso de los movimientos revolucionarios que alentados por la revolución cubana y por otros hechos significativos del contexto internacional –triunfo sobre el fascismo, revolución china, mayo del 68, Vietnam-, desparramaban por América Latina la certeza de que el cambio no sólo era necesario, sino que también era posible.

La máquina de matar se puso en marcha para aplastar toda insurgencia. Se trataba no sólo de liquidar al pez, sino de dejarlo sin agua. Por eso el indiscriminado asesinato de hombres, mujeres, ancianos, ancianas, niñas y niños. Por eso los mecanismos del terror: la desaparición forzada de personas, los campos de concentración, la maquinaria de delaciones organizada para romper toda solidaridad. Por eso la guerra cultural, promoviendo el “sálvese quien pueda”, y “el silencio es salud”; con la complicidad de periodistas que aún hoy infectan los medios de comunicación. Por eso el aliento a la traición, a la ruptura de los lazos de solidaridad, y la inoculación de la desconfianza.

El paso siguiente era la impunidad, basada en la desmemoria.

Pasaron treinta años. Vale la pena sacar algunas cuentas. La dictadura logró su cometido en varios sentidos: la desarticulación de las organizaciones revolucionarias de aquel momento, del sindicalismo de liberación, de las ligas agrarias, de un movimiento estudiantil combativo, del movimiento de sacerdotes por el tercer mundo, del movimiento villero, y de numerosos movimientos populares que fueron diezmados, y desestructurados.

La pérdida más grande e imposible de nombrar sin sentir escalofríos: la ausencia de una generación de hombres y mujeres revolucionarios, generosos, dispuestos a cambiarse a sí mismos para cambiar al mundo, empeñados en la creación del “hombre nuevo” –ellos no se imaginaban la posibilidad de “la nueva mujer”-. Y como consecuencia también de esta historia, la desertión de muchos sobrevivientes de aquella generación, que adaptaron la idea de “tomar el poder”, a la de “acercarse al poder”; y cuando se acercaron, se quedaron gustosos. Ahora desde el poder, tratan a los que resisten de “inadaptados”, “duros”, “inmaduros”, versiones diversas del “imberbes” de otros tiempos, y no vacilan en cercar la plaza cuantas veces se sienten amenazados.

La dictadura militar, fue la condición para que se estableciera en el país el capitalismo privatizador, “neoliberal”, que destruyó la soberanía nacional, devastó los bienes de la naturaleza, extranjerizó la economía, destruyó identidades clasistas y populares, multiplicó el posibilismo, como justificación ideológica del “no se puede”.

Ellos lograron bastante. Pero no nos derrotaron.

La derrota significa, en términos políticos, destruir la voluntad de resistencia. Y allí, es donde no pueden con nosotros Allí, precisamente allí, es donde se encuentra el valor de la terca, mágica, y rebelde memoria.

La memoria nos permite recordar que no hubo lugar del país, en el que no existieran gestos luminosos de resistencia. Aún en las regiones más oscuras y sórdidas, en los campos de concentración, tenemos manos tendidas, gente destrozada por la tortura que no entrega a sus compañeros, hombres y mujeres que callan hasta olvidar, información que atraviesa las zonas de la “no existencia”, denuncias que se filtran hasta comenzar a hacerse oír. Aún en los lugares más duros, como las cárceles, hemos escuchado relatos de inmensa dignidad, de mujeres que desafiaban la condena al mundo monocolor, tejiendo telares con hilos de colores ingresados clandestinamente, de hombres que aprendían a leer y a escribir, para comunicarse con el mundo. Aún en el lugar más insondable de la subjetividad, la de una madre que ve desaparecer a su hijo o hija en un cono de sombras, encontramos la fuerza que transforma el pañal en pañuelo y la quietud en marcha, que vuelve público lo privado socializando la maternidad, y alimentando la rebeldía. Aún en esos “años de alambradas culturales”, como los llamó Julio Cortázar, hubo quien escribió, quien dijo su palabra, quien hizo su poema, quien cantó su canción, quien actuó a teatro abierto.

Hubo dignidad en la resistencia, coraje, amor, e incluso alegría. No es cierto que sea triste la lucha. Triste es cuando nos cansamos de luchar.

La resistencia engendró una memoria implacable y fértil. Hijos que escrachan a los genocidas. Jóvenes que miran a los ojos a sus abuelas, y desgarrándose el alma les dicen: “aquí estoy, soy el nieto que buscabas”. Ex detenidos desaparecidos que no

se refugian en la historia, sino que se empoderan de la memoria para luchar por los derechos humanos de ayer y de hoy.

La memoria fértil tiene muchos colores, nombres, rostros.

Una no sabe si llorar o reír cuando ve marchar la memoria por las calles, y descubre tras cada cartel, a un amigo, a una compañera, a un ser querido que desapareció pero allí está, sin embargo, junto a nuestra caminata.

En estos días una siente que ellos te empujan, que te hablan al oído. Que te invitan a desempañar los vidrios de la melancolía, y a enarbolar los sueños de siempre. Los que sueñan los pueblos originarios: tierra y libertad. Los 30.000 sueños segados de la superficie de nuestra utopía, que resistieron clandestinamente como raíces, como semillas, esperando el momento de florecer.

¿Para qué sirve la memoria? Para identificar a los enemigos de siempre. Para escracharlos en sus cuevas. Para que nadie se confunda. Para que cada cual sepa que ellos no actuaron solos. Que hay una cadena de complicidades, que abrieron las puertas de la impunidad. Sirve la memoria cuando no se vuelve complaciente. Cuando no se calla. Cuando no se rinde. Cuando no se olvida. Cuando enciende nuevas rebeldías.

Duele la memoria. Duele, porque obliga.

24 de marzo del 2006

La izquierda "siniestra" y los "derechos" humanos **Claudia Korol**

Aníbal Fernández se refirió a las organizaciones centrales convocantes del acto del 24 de marzo en Plaza de Mayo, como la "izquierda siniestra". Aníbal Fernández –el mismo que era secretario general de la presidencia de Duhalde cuando se realizó la masacre de Puente Pueyrredón, a la que alentó con sus declaraciones previas de demonización del movimiento piquetero- se disfraza ahora de "campeón de los derechos humanos".

Aníbal Fernández -que entre otra perlas de su "derecha" trayectoria cuenta también con haber sido secretario de trabajo de Ruckauf, y ahora es responsable de la militarización de Las Heras-. ¡¡¡da clases de democracia!!!. Democracia, no directa, ni representativa, es la que cultiva Aníbal Fernández. Es la democracia de punteros, clientelismo, amenazas, y patotas -como las que el 24 agredieron a las organizaciones que convocaron al acto, con insultos y volando una que otra botella de alcohol (después de consumir, lógicamente, su contenido)-.

La demonización de la izquierda, es uno de los métodos de falsificación de la historia de la "diestra derecha". Y también ha sido siempre la puerta para futuras represiones y para el control de las rebeldías.

Antes de que se iniciara el genocidio del 24 de marzo, fue Balbín quien se refirió a los militantes sindicales como "guerrilla fabril" y fue Perón quien echó a los

montoneros de la Plaza, gritándoles "imberbes" y alentando a la maquinaria de muerte lopezrreguista.

Los medios de comunicación puestos al servicio del gobierno, a cambio de mucho dinero y prebendas, repitieron en estos días hasta la saturación la estigmatización de las organizaciones de izquierda.

"Tienen intereses". "Juntan temas tan absurdos, como la lucha de los 30.000, los presos de Las Heras, y la guerra de Irak". "Se olvidan de los desaparecidos, por sus intenciones mezquinas".

Vamos a hablar claro. Los 30.000 compañeros y compañeras eran militantes. Sí. Y eran militantes de izquierda. Es más, eran militantes revolucionarios. Querían cambiar al mundo. No sólo al país. Al mundo. Ellos marcharon junto a muchos de nosotros y nosotras, en diferentes movilizaciones, en distintos actos... y lo siguen haciendo. Los conocíamos. Algunos eran amigos, otros compañeros de militancia. Muchos desaparecieron de nuestro lado. Los buscamos desesperadamente, de diferentes maneras. Sabíamos sus nombres, sus ideas, su voluntad, sus convicciones, sus deseos. Ellos denunciaban -junto a tantos otros compañeros y compañeras de nuestra generación- a quienes querían poner punto final a las luchas, en nombre de lo posible. Algunos participaban de organizaciones armadas. Otros eran militantes sindicales, políticos, campesinos. Eran militantes peronistas, guevaristas, comunistas, socialistas. Eran obreros, estudiantes, campesinos, intelectuales, dirigentes barriales, villeros; eran mujeres, eran gays, lesbianas. Eran creyentes y no creyentes. No vivían la militancia como un insulto sino como una prenda de honor. Todos defendían intereses, y se jugaban la vida en la batalla por ellos: los derechos del pueblo, y la "patria socialista".

Repetían con el Che, que "tenemos que ser capaces de rebelarnos contra cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier rincón del planeta". Creían, con el Che, que "el deber de todo revolucionario, es hacer la revolución".

Jamás hubieran considerado ajeno a la memoria de su resistencia, la prisión que sufren los trabajadores de Las Heras, o el exterminio que el imperialismo continúa realizando en Irak.

No. No nos olvidamos de los desaparecidos quienes reivindicamos que es necesario continuar la lucha contra todas las injusticias, contra la explotación, contra todas las formas de opresión. No somos nosotros quienes los olvidamos.

Los recordamos cotidianamente, no como un nombre, no como un número. Los recordamos con sus sueños intactos, y no aceptamos las mediatizaciones de quienes pretenden que sus nombres ya no sigan siendo desafío del poder, bandera de combate contra un sistema que sostiene y reproduce el hambre del pueblo, la desocupación, la exclusión, la entrega de los recursos naturales, la estigmatización de la oposición, la judicialización de la protesta, la criminalización de la pobreza... y la represión.

Hoy, quienes quieren recordarlos como quienes no eran, es decir, al margen de su lucha, al margen de su compromiso vital, se asocian al coro de "la izquierda siniestra". Bueno, no cantaremos en el coro de los buenos modales.

Somos de una generación que aprendió la rebeldía. Si algunos se cansaron, si prefieren mirar al mundo desde el cristal del poder, hay otros que seguimos siendo la piedra en el zapato, una molestia para quienes ayer fueron militantes, y hoy se reciclan como funcionarios de los despachos oficiales en los que transan su historia personal, y desde allí pretenden convencernos o imponernos negociar el final de la resistencia colectiva.

Pero no. El 24 de marzo es un día de lucha. No es un funeral de las utopías.

El presidente Kirchner afirmó que la vanguardia de la lucha contra la dictadura, han sido las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo. A continuación pretende decirnos que no es posible disentir con las Madres ni con las Abuelas. Es en este lugar, en el que se revela más brutalmente la hipocresía.

Personalmente, amo a las madres de la plaza de mayo, y respeto la lucha de las abuelas. Amo a las madres, como creo que lo hacían sus hijos e hijas. Comparto muchos de sus esfuerzos, participo de espacios comunes que me llenan de orgullo, las abrazo; y polemizo cuando no comparto lo que dicen o hacen. Lo hago siempre con el tremendo respeto que me inspira su recorrido. Creo que aprendí mucho de ellas, y que repetimos sus enseñanzas cuando decimos: "ni un paso atrás", o "la única lucha que se pierde es la que se abandona". Por eso no me gusta abandonar las luchas y sí me gusta hablar de frente. Es desde ese amor y desde esos caminos andados juntas que me pregunto:

¿Qué hacía el gobernador de Santa Cruz, Néstor Kirchner, cuando apoyaba las privatizaciones impulsadas por Menem, que en su momento fueron condenadas por las Madres? ¿Qué hacía cuando las Madres marchaban en la Plaza de Mayo, diciendo que cada peso que se paga de la deuda externa, significa la muerte de niños en la Argentina; y que pagar la deuda es un crimen?

¿O es que las Madres se han vuelto vanguardia cuando apoyan a su gobierno? Y además... ¿con qué Madres no se puede disentir, con las de una o con las de otra línea? ¿Y si las Madres disienten entre ellas, o si ellas disienten con las Abuelas... ¿es que no tenemos nada para decir? Y continuando con las preguntas, ¿es que los que han sido compañeros de los desaparecidos, y fueron víctimas también de la desaparición, o de la prisión, o del exilio, no tienen derecho a la palabra? ¿O es que no ha habido resistencia en las cárceles de la dictadura, en los campos de concentración, y en las diferentes modalidades clandestinas que asumieron las organizaciones revolucionarias en ese tiempo? ¿O será que se puede recordar a los desaparecidos sin sus pensamientos, sin sus palabras, sin sus acciones?

Entre la hipocresía y el oportunismo, se pretende construir otra historia. Una historia que invalide a quienes critican al gobierno. Toda crítica será considerada siniestra. Una historia que invalida, por este mismo camino, la memoria que se pretende homenajear.

Los 30000 compañeros y compañeras están presentes, no en un museo, no en una placa, no en la solemnidad de los despachos del poder. Allá habrá, en el mejor de los casos, una memoria light, que justifica y tranquiliza.

Pero los 30.000 militantes de izquierda, revolucionarios combatientes, los que asustaron al poder, lo siguen atemorizando...

Ellos "aparecen" en las batallas que continúan, en los fuegos que no se extinguen, en la palabra rebelde, en la acción coherente con la palabra. Ellos se movilizan. Se organizan. Ocupan empresas. Cortan rutas. Crean centros de estudiantes. Reclaman por el boleto estudiantil. Crean partidos. Hacen banderas.

Los 30000 compañeros y compañeras están presentes, marchan con todos los que continúan la resistencia, con los de abajo. Son rebeldes, revolucionarios, son izquierda. Como antes, como siempre... hasta la victoria.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2003 -2006